

PLAZA • DOMINICAL

DE AGENCIA MEXICANA DE INFORMACION

plaza pública para la edición del 5 de noviembre de 1995

¡Ai va el golpe!

miguel ángel granados chapa

(CAM) En los mercados de abasto, los cargadores previenen a las marchantas sobre la peligrosidad de su paso: "¡ai va el golpe", avisan para evitar el daño que pueden causar con la impedimenta que a veces casi los aplasta. En los mercados financieros, en cambio, se advierte sobre un golpe precisamente para generar condiciones que permitan un beneficio, la ganancia de los especuladores. Pero la maniobra sólo prospera si existe un clima propicio, la sustancia observable y medible que hagan creíble la especie, que den pábulo a los rumores.

Eso fue lo ocurrido el viernes tres de noviembre en el circuito del dinero grande del que México forma inevitablemente parte, entre otros factores por la acción de quienes ahora sufren las consecuencias de una globalización que admitieron y alentaron sin reparar en sus consecuencias perniciosas. Y si sólo ellos, los gobernantes, fueran víctimas de sus errores y sus dogmas, nadie derramaría una lágrima de condolencia. Pero la especulación a que dan lugar los rumores (y viceversa) lastima sin remedio a la economía cotidiana de los mexicanos, aun la de aquellos ajenos y lejanos a las vicisitudes del mercado cambiario y a los asuntos de la alta política.

El detonante del pesaroso primer viernes de noviembre fue un amplio análisis financiero fechado en la ciudad de México, firmado por Mike Esterl, y difundido por el servicio AP-Dow Jones. Se ha reparado en esta circunstancia para encontrar la huella que conduzca al "culpable" de la maniobra. Y se ha encontrado que el origen del fenómeno de hace cuarenta y ocho horas se llama Carlos Salinas, porque forma parte del consejo de directores de la empresa que edita tal servicio. Mientras más se conocen las entretelas del comportamiento del ex presidente antes y durante su gestión presidencial, es menos posible dudar que pudiera urdir maniobras como la que sibilinamente se le atribuye ahora. Amén de su pertenencia al cuerpo directivo, y a varios comités operativos, Salinas mantiene una relación cordial y frecuente con Peter Kann, presidente de Dow Jones

12



y con Robert Bartley, editor del diario de esa casa, The Wall Street Journal. Salinas lo llama Bob, y en una comida, hace meses, le confió triviales intimidades (como que maneja su propio coche, contesta personalmente el teléfono y aprende computación para escribir un libro y comunicarse vía Internet con sus hijos) que Bartley publicó en ese periódico financiero en abril pasado. Puede suponerse, pues, que en el tono de las informaciones sobre México surgidas de ese consorcio alguna influencia haya de Salinas, como puede haberla de poderosos magnates que juegan con la moneda aun de países con economías sólidas. La fortuna del célebre financiero George Soros, por ejemplo, se ha multiplicado varias veces en operaciones que sacuden a los bancos centrales europeos.

Sin embargo, sería un error atribuir a sólo una maniobra punible lo ocurrido el viernes. Es verdad que esa pieza periodística provocó inquietud, pero las dificultades del peso estaban ya presentes desde la semana anterior, y el lanzamiento del nuevo programa económico no fue bastante para revertir esa tendencia. Es cierto que del artículo de Esteri se recogieron a través de despachos noticiosos los elementos más llamativos, como ocurre en la práctica de las agencias noticiosas. Tal fue el caso del rumor sobre un apremio militar al presidente Zedillo para que dejara el poder. Pero el texto se nutre de hechos y opiniones nada vaporosos, sino que son verificables. Gracias a que Reforma publicó ayer mismo la versión íntegra del escrito de Esteri, podemos situar en su entorno preciso su referencia al "descabellado rumor", así llamado por el propio periodista, sobre las presuntas negociaciones del Ejército con el Presidente. Esteri escribió "wilder", al referirse al rumor, con lo que lo consideraba de suyo "alocado" o "extravagante", pero susceptible de ser recogido en una información si en efecto circula y regula la conducta de los inversionistas.

Los párrafos iniciales del despacho de Dow Jones difícilmente serían objetables: "El peso ha recibido una golpiza en las últimas semanas y sus heridas podrían no tener la oportunidad de sanar en el corto plazo, afirman analistas. Hace menos de un mes, la mayoría de los economistas en mercados emergentes predijeron que el dólar cerraría 1995 entre 6.50 y 6.75 nuevos pesos. Esas proyecciones se

- 3 -

han desvanecido. Después de desplomarse un 9.6 por ciento contra el dólar en octubre, la divisa local cayó otro 2.8 por ciento este miércoles, el primer día de noviembre, para cerrar a 7.2350 nuevos pesos por dólar, su nivel de cierre más débil desde el 9 de marzo, cuando el dólar spot cerró al récord histórico de 7.45 nuevos pesos".

Luego de un largo examen de la actual coyuntura financiera, Esteri entró a revisar los factores políticos. Y recogió un hecho que parece claramente demostrado por el movimiento de los mercados financieros no sólo en los meses anteriores, sino aun después de la firma de la Alianza para la Recuperación Económica y el Empleo, especialmente el martes y el miércoles pasados: "los inversionistas parecen estar cada vez más preocupados respecto de la capacidad del Presidente Zedillo para dirigir el país a través de un mar de crecientes retos políticos".

En ese punto, el periodista financiero se refirió al papel de los militares: "El Ejército Mexicano ha adoptado una posición más activa en las últimas semanas, agregándole más leña al fuego de la especulación de que la posición de Zedillo, de 43 años de edad, es insegura, once meses después de que asumiera el cargo. Uno de los rumores más descabellados que están circulando es que el Ejército está negociando con Zedillo para que renuncie en favor de un gobierno militar interino hasta que convoque a nuevas elecciones".

Si bien es muy aventurado ese rumor, no lo es el señalamiento de Esteri sobre "la posición más activa" del Ejército en asuntos que no son de su incumbencia, y que contradice su función de fuerza sometida al propio Presidente de la República. El último día de octubre, la plana mayor del Ejército, encabezada por el general secretario de la Defensa Nacional, acudió a Los Pinos a manifestar su adhesión al plan económico publicado cuarenta y ocho horas antes.

Jefe nato de las fuerzas armadas, el Presidente de la República no requiere que se exprese el apoyo de tropas que le están subordinadas, porque manifestarlo supone la posibilidad de que no lo haya. Y, al contrario, la disciplina militar exige la silenciosa supeditación de los mandos y los efectivos a la política presidencial. Como ciudadanos, los miembros del Ejército pueden expresar mediante el voto simpatías o diferencias con el Ejecutivo.

→ 3

4

Pero no pueden, y en consecuencia no necesitan hacerlo, como soldados. Y ni siquiera tienen que hablar respecto de asuntos que no sean los propios, no obstante lo cual en oportunidades anteriores el general Enrique Cervantes Aguirre se había referido a elementos de la coyuntura económica. El 9 de febrero, por ejemplo, dijo que la lealtad militar no está sujeta a fluctuaciones ni a devaluaciones, en alusión a sucesos monetarios de aquel momento. Pero lo dijo como orador en un fasto castrense, el Día de la Lealtad, y con cierto donaire. En cambio, el apoyo militar a la política económica, por inesperado, por innecesario, da lugar a conjeturas sobre una presencia del Ejército por encima de la precisada por las leyes.

En sí mismas, las afirmaciones del general Cervantes Aguirre, ante 150 mandos superiores del Ejército y el jefe de todos ellos, serían compartibles y aun dignas de aplauso. Dijo, por ejemplo, que el compromiso económico formulado la antevíspera agrega "a los esfuerzos de nuestro país por impulsar hacia una democracia más plena y a la consolidación de nuestras libertades, en un clima de paz y dignidad, el empeño indeclinable para que las grandes mayorías recuperen y mejoren sus niveles de vida". Pero, ¿por qué las fuerzas armadas han de adoptar posiciones políticas? ¿Por qué el titular de la Defensa Nacional se ve en el caso de asegurar que "las fuerzas armadas no perderán la confianza ni extraviarán el rumbo" y no quieren "escatimar presencia, actitud, ánimo y acción para coayudar de manera efectiva" en el logro de los propósitos presidenciales?

La expresión de un deber que, por serlo, no requiere ser proclamado, por fuerza reclama atención pública. Máxime si el hecho no aparece aislado. En este mismo lugar, hace una semana, hablamos de la peligrosa circunstancia de que un general de división en servicio activo, que ha tenido cargos de gran importancia en la educación militar, se ostente como mensajero presidencial para lanzar

- 5 -

advertencias a personajes públicos sobre su conducta política. El Presidente Zedillo y el secretario Cervantes Aguirre, al conocerlo, no se solidarizaron con el amago, presuntamente formulado en nombre del primero, pero no actuaron para reducir a la disciplina al jefe militar constituido en comisario político. Y en Chiapas, si nos atenemos a observaciones de periodistas sobre el terreno, hay movilización militar contradictoria con las posiciones negociadoras llevadas adelante por el resto del gobierno.

En efecto, un reporte de Hermann Bellinghausen aparecido el jueves en La Jornada, asegura que en la selva lacandona, "los helicópteros dejaron octubre y entran en noviembre en intensa actividad sobre la zona en conflicto". Igualmente, agrega, "han reaparecido los aviones", la "actividad militar terrestre también se ha incrementado", y los patrullajes "que se habían vuelto intermitentes y discretos, retoman apuntando más abiertamente hacia las comunidades indígenas en la zona del conflicto". Y esas informaciones no están impresas en un periódico cualquiera, sino en el escogido para hacer conocer íntegros los discursos del Presidente Zedillo.

El viernes mismo, mientras cundían los efectos del rumor, el secretario de Marina, un cargo usualmente ejercido en medio de un silencio aun más acendrado que el correspondiente al titular de la Defensa Nacional, insistió en asumir posiciones más allá de sus deberes. Aunque dijo que no se trataba de "politizar", politizó al pedir apoyo al Presidente, hablando de "una reacción lógica": "si el señor Presidente emite una cosa que nos conviene a todos en el país, estamos pidiendo nosotros en la Armada que trabajemos al lado de él,

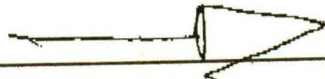


-6-

que tengamos confianza en él y no la perdamos ni en él ni en el país".

¿Podrían los militares dar un golpe en México, sea violento o negociado como sugiere el rumor registrado por Esterí?. Durante muchos años los mexicanos hemos creído que no. Nos ufanamos de la institucionalidad militar como los chilenos se enorgullecían de la "prescindencia" de sus fuerzas armadas, es decir de su abstención en asuntos políticos, hasta que llegó el 11 de septiembre de 1973. Y es que, como decía humoroso don Francisco Martínez de la Vega, los precedentes son como los zapatos: duran hasta que se rompen.

No parecen haberse operado mutaciones estructurales que propiciaran o alentaran una aspiración militar de ejercer directamente el poder. He oído del general Cervantes Aguirre la expresión de convicciones profundas sobre el tema. Está convencido de que en la historia mexicana ha bastado con un Victoriano Huerta (que en febrero de 1913 derribó e hizo asesinar al presidente Madero), para ponernos a todos a salvo de esas tentaciones. Las fuerzas armadas, por lo demás, no forman parte de una casta, de una elite social orientada a la defensa de privilegios, ni forman parte de versiones mestizas del "complejo industrial militar" denunciado por el general Eisenhower. Al contrario, son "pueblo con uniforme", como las definió don Jesús Reyes Heróles en algo más que un vuelo retórico. No hay indicaciones que permitan suponer inclinaciones al cuartelazo. Pero las condiciones mismas de la vida militar, y la apelación frecuente de los políticos a las soluciones de fuerza, quizá hayan llevado a sectores castrenses a un hartazgo, a una frustración por tener que efectuar el trabajo sucio. A esa sensación





podría agregarse, en los meses que corren, una exasperación por la ineficacia gubernamental en el enfrentamiento de la crisis.

A diferencia de la conversión militar chilena (en realidad iniciada desde el arribo de Salvador Allende al gobierno), la posición mexicana sugerida en el despacho de Esteri no partiría de una profunda incompatibilidad ideológica con el poder al que se busca derrocar, sino que se funda en la conciencia de que hay incapacidad para enfrentar los graves problemas nacionales. Esa postura no legitimaría en modo alguno una asonada militar, pero sería compartida por los segmentos sociales proclives a las soluciones prontas y ordenadas, impuestas desde arriba y hechas cumplir sin reparar en los medios.

Junto al rumor que involucra a los militares, cundió el viernes la versión, luego desmentida, de que el secretario de Hacienda Guillermo Ortiz renunció a su cargo. La conjetura acaso revela un diferendo con el Presidente Zedillo, su amigo cercano desde los días del Banco de México, hace un cuarto de siglo, que se explicaría por la siguiente anécdota: Un dirigente político argentino que se avecindó entre nosotros, visitó hace poco sus propios pagos y allí habló con Domingo Cavallo, el ministro que encarna el neoliberalismo con casi más propiedad que nadie. Estupefacto, lo oyó quejarse de que, más apista que el Papa, el Presidente Menem exigía, a pesar de sus altos costos sociales, estirar aun más un programa económico que ya no daba de sí, aunque en la perspectiva del ministro hubiera sido tan útil y rendidor. El caudillo volvió de Buenos Aires y quiso narrar a Ortiz el episodio, pero no tuvo necesidad de hacerlo, pues escuchó del secretario de Hacienda (¡sorpresas que da la vida!) una



AGENCIA MEXICANA DE INFORMACION, S.A. de C.V.

av. cuauhtémoc núm. 16 col. doctores c.p. 06720 México, d.f. tel. 761-77-09

fax. 578-70-43

ext. 120

P. 08

- 8 -

exposición semejante a la de Cavallo, respecto de su propio jefe. De ser eso verdad, quizá la dimisión de Ortiz ocurrirá en otro momento, y no sería atribuible a su cruel migraña. (AMI)

—

¡Ai va el golpe!

Domingo 5 de noviembre de 1995.

El registro de un rumor, inserto en un vasto análisis financiero que recogió además hechos irrefutables, provocó el viernes una cargada contra el peso y abrió la discusión sobre el papel de los militares en la vida pública mexicana.

EN LOS MERCADOS DE ABASTO, LOS CARGADORES previenen a las marchantas sobre la peligrosidad de su paso: "¡ai va el golpe", avisan para evitar el daño que pueden causar con la impedimenta que a veces casi los aplasta. En los mercados financieros, en cambio, se advierte sobre un golpe precisamente para generar condiciones que permitan un beneficio, la ganancia de los especuladores. Pero la maniobra sólo prospera si existe un clima propicio, la sustancia observable y medible que hagan creíble la especie, que den pábulo a los rumores.

Eso fue lo ocurrido el viernes tres de noviembre en el circuito del dinero grande del que México forma inevitablemente parte, entre otros factores por la acción de quienes ahora sufren las consecuencias de una globalización que admitieron y alentar sin reparar en sus consecuencias perniciosas. Y si sólo ellos, los gobernantes, fueran víctimas de sus errores y sus dogmas, nadie derramaría una lágrima de condolencia. Pero la especulación a que dan lugar los rumores (y viceversa) lastima sin remedio a la economía cotidiana de los mexicanos, aun la de aquellos ajenos y lejanos a las vicisitudes del mercado cambiario y a los asuntos de la alta política.

El detonante del pesaroso primer viernes de noviembre fue un amplio análisis financiero fechado en la ciudad de México, firmado por Mike Esteri, y difundido por el servicio AP-Dow Jones. Se ha reparado en esta circunstancia para encontrar la huella que conduzca al "culpable" de la maniobra. Y se ha encontrado que el origen del fenómeno de hace cuarenta y ocho horas se llama Carlos Salinas, porque forma parte del consejo de directores de la empresa que edita tal servicio. Mientras más se conocen las entretelas del comportamiento del ex presidente antes y durante su gestión presidencial, es menos posible dudar que pudiera urdir maniobras como la que sibilantemente se le atribuye ahora. Amén de su pertenencia al cuerpo directivo, y a varios comités operativos, Salinas mantiene una relación cordial y frecuente con Peter Kann, presidente de Dow Jones y con Robert Bartley, editor del diario de esa casa, *The Wall Street Journal*. Salinas o llama Bob, y en una comida, hace meses, le confió triviales intimidades (como que maneja su propio coche, contesta personalmente el teléfono y aprende computación para escribir un libro y comunicarse vía Internet con sus hijos) que Bartley publicó en ese periódico financiero en abril pasado. Puede suponerse, pues, que en el tono de las informaciones sobre México surgidas de ese consorcio alguna influencia haya de Salinas, como puede haberla de poderosos magnates que juegan con la moneda aun de países con economías sólidas. La fortuna del célebre financiero George Soros, por ejemplos, se ha multiplicado varias veces en operaciones que sacuden a los bancos centrales europeos.

Sin embargo, sería un error atribuir a sólo una maniobra punible lo ocurrido el viernes. Es verdad que esa pieza periodística provocó inquietud, pero las dificultades del peso estaban ya presentes desde la semana anterior, y el lanzamiento del nuevo programa económico no fue bastante para revertir esa tendencia. Es cierto que del artículo de Esteri se recogieron a través de despachos noticiosos los elementos más llamativos, como ocurre en la práctica de las agencias noticiosas. Tal fue el caso del rumor sobre un apremio militar al presidente Zedillo para que dejara el poder. Pero el texto se nutre de hechos y opiniones nada vaporosos, sino que son verificables. Gracias a que *Reforma* publicó ayer mismo la versión íntegra del escrito de Esteri, podemos situar en su entorno preciso su referencia al "descabellado rumor", así llamado por el propio periodista, sobre las presuntas negociaciones del Ejército con el Presidente. Esteri escribió "wilder", al referirse al rumor, con lo que lo consideraba de suyo "alocado" o "extravagante", pero susceptible de ser recogido en una información si en efecto circula y regula la conducta de los inversionistas.

Los párrafos iniciales del despacho de Dow Jones difícilmente serían objetables: "El peso ha recibido una golpiza en las últimas semanas y sus heridas podrían no tener la oportunidad de sanar en el corto plazo, afirman analistas. Hace menos de un mes, la mayoría de los economistas en mercados emergentes predijeron que el dólar cerraría 1995 entre 6.50 y 6.75 nuevos pesos. Esas proyecciones se han desvanecido. Después de desplomarse un 9.6 por ciento contra el dólar en octubre, la divisa local cayó otro 2.8 por ciento este miércoles, el primer día de noviembre, para cerrar a 7.2350 nuevos pesos por dólar, su nivel de cierre más débil desde el 9 de marzo, cuando el dólar spot cerró al récord histórico de 7.45 nuevos pesos".

Luego de un largo examen de la actual coyuntura financiera, Esteri entró a revisar los factores políticos. Y recogió un hecho que parece claramente demostrado por el movimiento de los mercados financieros no sólo en los meses anteriores, sino aun después de la firma de la Alianza para la Recuperación Económica y el Empleo, especialmente el martes y el miércoles pasados: "los inversionistas parecen estar cada vez más preocupados res-

pecto de la capacidad del presidente Zedillo para dirigir el país a través de un mar de crecientes retos políticos".

En ese punto, el periodista financiero se refirió al papel de los militares: "El Ejército mexicano ha adoptado una posición más activa en las últimas semanas, agregándole más leña al fuego de la especulación de que la posición de Zedillo, de 43 años de edad, es insegura, once meses después de que asumiera el cargo. Uno de los rumores más descabellados que están circulando es que el Ejército está negociando con Zedillo para que renuncie en favor de un gobierno militar interino hasta que convoque a nuevas elecciones".

Si bien es muy aventurado ese rumor, no lo es el señalamiento de Esteri sobre "la posición más activa" del Ejército en asuntos que no son de su incumbencia, y que contradice su función de fuerza sometida al propio presidente de la República. El último día de octubre, la plana mayor del Ejército, encabezada por el ge-



El general Enrique Cervantes Aguirre, secretario de la Defensa Nacional,

al frente de la plana mayor del Ejército, acudió a Los Pinos a expresar apoyo al presidente Zedillo, acto innecesario en un cuerpo disciplinado y subordinado al propio Ejecutivo federal.

neral secretario de la Defensa Nacional acudió a Los Pinos a manifestar su adhesión al plan económico publicado cuarenta y ocho horas antes.

Jefe nato de las fuerzas armadas, el presidente de la República no requiere que se exprese el apoyo de tropas que le están subordinadas, porque manifestarlo supone la posibilidad de que no lo haya. Y, al contrario, la disciplina militar exige la silenciosa supeditación de los mandos y los efectivos a la política presidencial. Como ciudadanos, los miembros del Ejército pueden expresar mediante el voto simpatías o diferencias con el Ejecutivo. Pero no pueden, y en consecuencia no necesitan hacerlo, como soldados. Y ni siquiera tienen que hablar respecto de asuntos que no sean los propios, no obstante lo cual en oportunidades anteriores el general Enrique Cervantes Aguirre se había referido a elementos de la coyuntura económica. El 9 de febrero, por ejemplo, dijo que la lealtad militar no está sujeta a fluctuaciones ni a devaluaciones, en alusión a sucesos monetarios de aquel momento. Pero lo dijo como orador en un fasto castrense, el Día de la Lealtad, y con cierto donaire. En cambio, el apoyo militar a la política económica, por inesperado, por innecesario, da lugar a conjeturas sobre una presencia del Ejército por encima de la precisada por las leyes.

En sí mismas, las afirmaciones del general Cervantes Aguirre, ante 150 mandos superiores del Ejército y el jefe de todos ellos, serían compartibles y aun dignas de aplauso. Dijo, por ejemplo, que el compromiso económico formulado la antevíspera agrega "a los esfuerzos de nuestro país por impulsar hacia una democracia más plena y a la consolidación de nuestras libertades, en un clima de paz y dignidad, el empeño indeclinable para que las grandes mayorías recuperen y mejoren sus niveles de vida". Pero, ¿por qué las fuerzas armadas han de adoptar posiciones políticas? ¿Por qué el titular de la Defensa Nacional se ve en el caso de asegurar que "las fuerzas armadas no perderán la confianza ni extraviarán el rumbo" y no quieren "escatimar presencia, actitud, ánimo y acción para coadyuvar de manera efectiva" en el logro de los propósitos presidenciales?

La expresión de un deber que, por serlo, no requiere ser proclamado, por fuerza reclama atención pública. Máxime si el hecho no aparece aislado. En este mismo lugar, hace una semana, hablamos de la peligrosa circunstancia de que un general de división en servicio activo, que ha tenido cargos de gran importancia en la educación militar, se ostente como mensajero presidencial para lanzar advertencias a personajes públicos sobre su conducta política. El presidente Zedillo y el secretario Cervantes Aguirre, al conocerlo, no se solidarizaron con el amago, presuntamente formulado en nombre del primero, pero no actuaron para reducir la disciplina al jefe militar constituido en comisario político. Y en Chiapas, si nos atenemos a observaciones de periodistas sobre el terreno, hay movilización militar contradictoria con las posiciones negociadoras llevadas adelante por el resto del gobierno.

En efecto, un reporte de Hermann Bellinghausen aparecido el jueves en *La Jornada*, asegura que en la selva lacandona,

"los helicópteros dejaron octubre y entraron en noviembre en intensa actividad sobre la zona en conflicto". Igualmente, agrega "han reaparecido los aviones", la "actividad militar terrestre también se ha incrementado", y los patrullajes "que se habían vuelto intermitentes y discretos, retornar apuntando más abiertamente hacia las comunidades indígenas en la zona de conflicto". Y esas informaciones no están impresas en un periódico cualquiera, sino en el escogido para hacer conocer íntegros los discursos del presidente Zedillo.

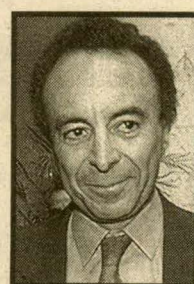
El viernes mismo, mientras cundían los efectos del rumor, el secretario de Hacienda, un cargo usualmente ejercido en medio de un silencio aun más acendrado que el correspondiente al titular de la Defensa Nacional, insistió en asumir posiciones más allá de sus deberes. Aunque dijo que no se trataba de "politizar", politizó al pedir apoyo al Presidente, hablando de "una reacción lógica": "si el señor Presidente emite una cosa que nos conviene a todos en el país, estamos pidiendo nosotros en la Armada que trabajemos al lado de él, que tengamos confianza en él y no la perdamos ni en él ni en el país".

¿Podrían los militares dar un golpe en México, sea violento o negociado como sugiere el rumor registrado por Esteri? Durante muchos años los mexicanos hemos creído que no. Nos ufamamos de la institucionalidad militar como los chilenos se enorgullecían de la "prescindencia" de sus fuerzas armadas, es decir de su abstención en asuntos políticos, hasta que llegó el 11 de septiembre de 1973. Y es que, como decía humoroso don Francisco Martínez de la Vega, los precedentes son como los zapatos: duran hasta que se rompen.

No parecen haberse operado mutaciones estructurales que propiciaran o alentarán una aspiración militar de ejercer directamente el poder. He oído del general Cervantes Aguirre la expresión de convicciones profundas sobre el tema. Está convencido de que en la historia mexicana ha bastado con un Victoriano Huerta (que en febrero de 1913 derribó e hizo asesinar al presidente Madero), para ponernos a todos a salvo de esas tentaciones. Las fuerzas armadas, por lo demás, no forman parte de una casta, de una élite social orientada a la defensa de privilegios, ni forman parte de versiones mestizas del "complejo industrial militar" denunciado por el general Eisenhower. Al contrario, son "pueblo con uniforme", como las definió don Jesús Reyes Heróles en algo más que un vuelo retórico. No hay indicaciones que permitan suponer inclinaciones al cuartelazo. Pero las condiciones mismas de la vida militar, y la apelación frecuente de los políticos a las soluciones de fuerza, quizá hayan llevado a sectores castrenses a un hartazgo, a una frustración por tener que efectuar el trabajo sucio. A esa sensación podría agregarse, en los meses que corren, una exasperación por la ineficacia gubernamental en el enfrentamiento de la crisis.

A diferencia de la conversión militar chilena (en realidad iniciada desde el arribo de Salvador Allende al gobierno), la posición mexicana sugerida en el despacho de Esteri no partiría de una profunda incompatibilidad ideológica con el poder al que se busca derrocar, sino que se funda en la conciencia de que hay incapacidad para enfrentar los graves problemas nacionales. Esa postura no legitimaría en modo alguno una asonada militar, pero sería compartida por los segmentos sociales proclives a las soluciones prontas y ordenadas, impuestas desde arriba y hechas cumplir sin reparar en los medios.

Junto al rumor que involucra a los militares, cundió el viernes la versión, luego desmentida, de que el secretario de Hacienda, Guillermo Ortiz, renunció a su cargo. La conjetura acaso revela un diferendo con el presidente Zedillo, su amigo cercano desde los días del Banco de México, hace un cuarto de siglo, que se explicaría por la siguiente anécdota: un dirigente político argentino que se avecindó entre nosotros, visitó hace poco sus propios pagos y allí habló con Domingo Cavallo, el ministro que encarna el neoliberalismo con casi más propiedad que nadie. Estupefacto, lo oyó quejarse de que, más papista que el Papa, el presidente Menem exigía, a pesar de sus altos costos sociales, estirar aun más un programa económico que ya no



La versión de que habría renunciado el secretario de Hacienda, Guillermo Ortiz,

de tener algún fundamento tal vez lo encuentre en un diferendo con su amigo de hace un cuarto de siglo, el hoy presidente de la República, sobre los límites del programa económico.

daba de sí, aunque en la perspectiva del ministro hubiera sido tan útil y rendidor. El caudillo volvió de Buenos Aires y quiso narrar a Ortiz el episodio, pero no tuvo necesidad de hacerlo, pues escuchó del secretario de Hacienda (¡sorpresas que da la vida!) una exposición semejante a la de Cavallo, respecto de su propio jefe. De ser eso verdad, quizá la dimisión de Ortiz ocurrirá en otro momento, y no sería atribuible a su cruel migraña.